

José

José /2

Autor: Jean Muller

José /2

3) José encuentra a su familia

Quedaba por resolver la importante cuestión de la restauración de los diez hermanos de José culpables de haberlo vendido (Génesis 42-45). Solo se puede realizar a través de un retorno a él. Del mismo modo, por la acción del espíritu de gracia y de oración, el remanente de la nación judía mirará más tarde a Cristo, “a quien traspasaron” (Zacarías 12:10), para reconocer entonces: “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). Nada es más conmovedor que la obra de la gracia de Dios para lograr la restauración de los diez hermanos de José —figura de Israel— por el servicio de amor de José —figura de Cristo— y del mayordomo de su casa —figura del Espíritu Santo— (Génesis 43:16, 19; 44:1, 4). Sus conciencias endurecidas tienen que ser despertadas para comprender el crimen, antes de que la relación con su hermano pueda ser restablecida. Esta es la razón de la aparente dureza de José hacia ellos, que velaba su amor por ellos (42:7, 30). La hambruna extrema en Egipto y Canaán fue el medio que Dios utilizó para hacer su trabajo. Por lo tanto, Dios a menudo nos habla a través de las pruebas de la vida (véase Job 36:7-10; Oseas 5:15). ¡El hombre solo puede conocer a Dios a través de sus necesidades!

Enviados por su padre Jacob, los hermanos de José fueron dos veces a Egipto a comprar trigo (Hechos 7:12-13). La primera vez, José los reconoce, pero ellos no (Génesis 42:7-8). Se inclinan ante él, cumpliendo así sin saberlo el sueño de su hermano menor, 22 años atrás (37:7, 9; 42:6). En los consejos de Dios, el tiempo no cuenta. Cuando se van con sus sacos de trigo, José los acusa de ser espías, a pesar de su afirmación de ser “hombres honrados” (42:11). Simeón queda preso y, para aumentar su angustia, José devuelve el dinero de cada uno en su saco, y les impone la condición formal de traer a Benjamín con ellos en su próximo viaje. Sus palabras ya muestran el despertar de la conciencia de sus hermanos: “Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos... He aquí también se nos demanda su sangre... ¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?” (42:21-22, 28).

En su segundo viaje, los hermanos de José se inclinan nuevamente ante él (43:26, 28) antes de comer pan con él. Por la mañana, son enviados de regreso con su dinero en sus costales llenos de víveres. Sin que lo sepan, José ha colocado su propia copa de plata en el costal de Benjamín, su hermano menor. Cuando se revela el hecho, el desenlace está cerca. Judá presenta una emotiva súplica a José, a quien aún no ha reconocido (44:16-34). Ya no tratan de justificarse y, por segunda vez, los hermanos de José reconocen que las circunstancias son ordenadas por Dios: “¿Qué diremos a mi señor? ...Dios ha hallado la maldad de tus siervos” (44:16).

Así, cuando el hombre es convencido de pecado y su boca se cierra, Dios revela su justicia y el perdón gratuito por gracia (Romanos 3:19, 24).

Desde un punto de vista profético, Judá aquí representa el remanente judío pasando por las últimas pruebas de la tribulación antes de reconocer a su Mesías rechazado, mientras que Benjamín es una figura de Cristo acusado de la culpa de su pueblo. Recordemos que Benjamín, todavía un niño con su padre Jacob, no había estado involucrado en el complot contra José para venderlo en Egipto. Estaba como guardado para aparecer en el momento adecuado de la liberación. ¿No fue Cristo, el Cordero de Dios, “ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 Pedro 1:20)?

Ha llegado el momento en que José se da a conocer a sus hermanos: “Yo soy José...Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis” (Génesis 45:3-4). Él reconoce la mano de Dios a lo largo de su maravillosa historia: en su descenso a Egipto, en la gran liberación de su familia por sus medios y en su poder en el trono (v. 5, 7, 9). El primer mensaje que José confía a sus hermanos para su padre Jacob es que le hagan **saber toda su gloria** (v. 13). ¿No es el gran privilegio de aquellos a quienes Cristo reveló el nombre del Padre (Salmo 22:22; Juan 20:17) hablar de las glorias infinitas de su Hijo?

Luego, José manda a sus hermanos que traigan a su padre para que prueben juntos “lo **bueno** de la tierra”, sin lamentar sus enseres que quedarían en Canaán (Génesis 45:18, 20). Así es como se invita al cristiano a dejar atrás las cosas del mundo para disfrutar de las bendiciones celestiales en Cristo, esta “**mejor** y perdurable herencia en los cielos” relacionada con “una **mejor**, esto es, celestial” (1 Timoteo 6:17; Hebreos 10:34; 11:16). ¡La recomendación de José a sus hermanos de no reñir por el camino (Génesis 45:24) recuerda a los cristianos que el disfrute de sus privilegios espirituales no los exime de vigilar cuidadosamente su conducta!

Cuando José se entera de la llegada de Jacob a Egipto, rápidamente prepara su carro para encontrarse con su padre (Génesis 46:29). En el tiempo venidero, se le dirá al Mesías, al divino José: “En tu gloria sé prosperado; cabalga sobre palabra de verdad, de humildad y de justicia” (Salmo 45:4). La comunión del padre y su amado hijo en la plena satisfacción de sus corazones cuando se reencuentran después de 22 años de separación es de gran belleza.

Bajo el cetro de justicia de José en Egipto, su familia atraviesa los últimos cinco años de hambre, y luego disfruta de una prosperidad inigualable en la tierra de Gosén (Génesis 45:11; 47:11 12, 27). En ese momento, el pueblo de Dios recibe la bendición en una tierra extranjera, Ramesés en

Egipto, y no en la tierra prometida. Es lo mismo con los creyentes judíos de la actualidad: tienen su parte en la Iglesia, vista como figura en Asenat, antes de que Dios reanude sus relaciones con Israel en la tierra. Todas las bendiciones presentes y futuras, ya sean celestiales o terrenales, descansan en Cristo **el Pastor, la Roca de Israel**, de acuerdo con la notable profecía de Jacob sobre José (Génesis 49:22-26). ¡La rama viva de José es fructífera y se extiende sobre el muro de Israel para llegar hasta los collados eternos! Pero José sigue siendo “el que fue apartado de entre sus hermanos” (o: que es príncipe, según Deuteronomio 33:16).

Los derechos de primogenitura en la familia de Jacob han pasado de Rubén a José (1 Crónicas 5:1). Este último, como heredero, recibe dos partes de la herencia. Así es como “la dispensación del cumplimiento de los tiempos” traerá a Cristo el nuevo mundo, como su “posesión adquirida” por la redención (Efesios 1:10, 14). Todo será finalmente para alabanza de su gracia y de su gloria.

4) José en Egipto hasta su muerte

Jacob pasó los últimos años de su vida con José en Egipto. Sintiendo su inminente fin, Jacob “bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón” (Hebreos 11:21). El derecho de herencia de José (como primogénito, tenía dos partes) debía ser transferido a sus dos hijos, un privilegio que se conservará hasta el milenio (Ezequiel 47:13). Por lo tanto, Jacob adopta a Efraín y a Manasés como sus propios hijos, antes de pronunciar sobre ellos una bendición especial (Génesis 48:8-22). Consciente del pensamiento de Dios, Jacob actúa como profeta e invierte al bendecirlos, el orden de su nacimiento: el más joven, Efraín, debía tener preeminencia sobre Manasés. En vano, José quiere corregir a su padre; con gentileza y firmeza, Jacob se mantiene firme: “Lo sé, hijo mío, lo sé...” (v. 19). ¿No es notable que al final de una vida agitada, Israel (y no Jacob aquí) manifieste más inteligencia espiritual que su hijo José, del cual la Palabra no relata ninguna falta?

Jacob muere “conforme a la fe” (Hebreos 11:13), y José lo llora por 40 días. A su vez, los egipcios lo lloran durante 70 días, luego acompañan a José y a sus hermanos a Canaán para sepultar a Jacob con sus padres, de acuerdo con su solicitud (Génesis 49:29). La era de Atad (Abel-mizraim) guarda el recuerdo de las grandes y profundas lamentaciones pronunciadas sobre este pobre pastor, objeto de abominación para los egipcios (Génesis 46:34), pero honrado como príncipe en su muerte (50:1-13). Jesús, despreciado por el pueblo, fue con los ricos en su muerte (Isaías 53:9).

De vuelta en Egipto, una prueba final espera a José. Inseguros sobre su actitud hacia ellos, y en duda de su amor, sus hermanos temen que la partida de su padre sea una oportunidad para que José ejerza una venganza (Génesis 50:15-21). Conocían muy poco el corazón de José para prestarle tales sentimientos. Se inclinan por última vez ante su hermano, como señal de sumisión. Finalmente, es José mismo quien consuela a sus hermanos y habla a sus corazones.

El final de la vida de José se resume en pocas palabras. Su gloria en la corte de Faraón ya no está a la vista. La divina providencia lo había colocado allí en el momento apropiado para la salvación de los suyos, pero ahora termina su vida en la intimidad familiar. Verá a los hijos de sus hijos, hasta la tercera generación. Al final de su vida, su doble acto de fe es predecir el regreso de los hijos de Israel a la tierra prometida y dar mandamiento de que sus huesos sean llevados allí (Génesis 50:24-25; Hebreos 11:22). Moisés y Josué respetaron escrupulosamente esta voluntad (Éxodo 13:19; Josué 24:32) y los restos del patriarca descansan en Siquem, esperando el glorioso día de la resurrección.

El regreso de Israel a su tierra ya había sido anunciado por Dios a Abram (Génesis 15:13-14; Hechos 7:6-7). Jacob y José están completamente asegurados de esto (Génesis 48:21; 50:24). El libro del Génesis, que contiene un tesoro de principios morales, termina con la muerte de José, mientras que la habitación del pueblo de Dios todavía está en Egipto. La liberación de la casa de servidumbre y el maravilloso tema de la redención se desarrollarán en el libro del Éxodo.

5) Las lágrimas de José

La delicadeza y la profundidad de los sentimientos de José se destacan por el hecho de que lloró en siete ocasiones memorables en su vida:

- Cuando ve a sus diez hermanos nuevamente en su primer viaje a Egipto (Génesis 42:24). Le conmueve ver el primer despertar de sus conciencias ante su crimen.
- Cuando ve a Benjamín nuevamente durante el segundo viaje a Egipto (43:30). No parece haber reconocido a su hermano Benjamín que tenía ahora 34 años, ya que solo tenía 10 años cuando José fue separado de su familia. ¡Su emoción es comprensible!
- Cuando se da a conocer a sus 11 hermanos (45:2). El término de la disciplina para los hermanos de José es también el término para los sufrimientos de José en la aflicción de su alma hacia ellos.
- Cuando besa a Benjamín, y luego a sus otros hermanos (45:14-15). Los lazos de la sangre entre los dos hermanos, ambos hijos de Raquel, la amada esposa de su padre, se

expresan de manera conmovedora.

- Cuando ve a su padre Jacob nuevamente (46:29). José sigue siendo el amado de su padre.
- A la muerte de Jacob (50:1). En este capítulo, José es visto particularmente como hombre; toda su conducta y sus sentimientos son los de alguien generoso o noble (Isaías 32:8).
- Frente a los temores injustificados de sus hermanos hacia él (Génesis 50:17). ¿No dudamos a veces del amor del Señor por nosotros, y nos dejamos invadir por temores incrédulos?

Así, durante su vida, José derramó lágrimas, como lo hicieron muchos hombres de fe en el Antiguo y Nuevo Testamento después de él. Pensamos en David y Jonatán, luego en Jeremías, que llora por el estado del pueblo de Dios y la ruina de Jerusalén (Jeremías 9:1; Lamentaciones 1:16). En su solicitud por las iglesias, el apóstol Pablo derramará muchas lágrimas antes de llorar por la ruina de la Iglesia (2 Corintios 2:4; Filipenses 3:18). Timoteo, su amado hijo en la fe, imitará al apóstol (2 Timoteo 1:4). Todas estas **lágrimas** habrán sido recogidas por Dios (véase Salmo 56:8). Y si derramamos muchas lágrimas hoy, tenemos la esperanza de consolación eterna: “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30:5; Isaías 51:11; 2 Tesalonicenses 2:16; Apocalipsis 21:4).

José, con su conmovedora historia, dirige los ojos de nuestra fe al divino José, “Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:24).